

DESDE CHILE

Camila Vallejo: misión cumplida

Diamela Eltit

La calle ha sido uno de los instrumentos más eficaces para reunir y explicitar el malestar social. Es en ese sitio —cuando ocurre una ocupación de la ciudad—, donde lo público encuentra su mejor sede. La masividad y la aglomeración de los cuerpos permiten determinar la densidad del reclamo. La ciudad entonces se convierte en un espectáculo en el cual se cursa el descontento mediante un escenario que releva la vibrante energía social y el poder que alcanza esa energía.

Pero, sin duda, ese espacio (la calle como sede cultural de lo político) es también el lugar preferencial para el ensañamiento policial. El llamado *orden público* constituye el arma más visible para probar la fuerza represiva que aloja el Estado. La represión está allí para legitimar que (en último término) los espacios públicos le pertenecen a las fuerzas policíacas.

Mi interés ahora es pensar *la calle* como material privilegiado para la construcción de la figura de la dirigente estudiantil Camila Vallejo. Sin embargo, es necesario tejer un (insuficiente) hilo en la historia chilena reciente para llegar a estipular una lectura posible en torno a su poderosa emergencia.

La dictadura chilena se apoyó de manera radical en las teorías económicas de Milton Friedman y puso en marcha la política más depredadora y eficaz en contra de las empresas y bienes del Estado. La privatización masiva, ejecutada mediante pagos irrisorios por parte de los grupos económicos locales al Estado chileno, no pudo ser detenida. Los trabajadores de cada una de las empresas, junto al conjunto de la ciudadanía, experimentaron esos procesos pasivamente, debido a la dimensión opresiva que imperaba.

La alianza entre el empresariado y el poder militar se hizo más estrecha que nunca, y, de esa manera, se fue gestando el llamado *milagro chileno*, el cual mostraba la modernización de un territorio que iba multiplicando las ganancias de grupos concentrados a costa de lo que Marx denominó como *explotación y plusvalía*.

El régimen y sus prácticas totalitarias fueron la mejor arma para establecer la privatización masiva. Ya Pinochet había afirmado que en el país no se movía una hoja sin que él lo supiera (esa aseveración, además de reconocer la vigilancia incesante, asume la responsabilidad por los miles de muertos y desaparecidos en el país debido al terrorismo de Estado). El poder, ejercido desde lo macro hasta lo micro —conceptualizado de manera exacta en la figura del panóptico por Michel Foucault—, fue crucial para implementar el actual modelo económico y entender los flujos irregulares del presente.

En ese contexto, se produjo la privatización de la educación pública. La totalidad de las universidades emblemáticas y patrimoniales cambiaron su estatuto. Aunque seguían perteneciendo al Estado, los aranceles para cada una de las carreras se tornaban cada vez más elevados por la obligación al *autofinanciamiento*, una fórmula en la que el Estado cada vez aportaba menos a sus planteles de educación superior.

En 1983, a diez años del golpe de Estado, la situación política dio un giro cuando, en medio de una crisis económica devastadora, la ciudadanía y especialmente los habitantes de la periferia —de las poblaciones— iniciaron las llamadas *protestas populares* (que dejaron numerosas víctimas) ante las penosas condiciones de vida que debían sobrellevar. Las *protestas* se multiplicaron y, más aún, se incrementaron, mientras el flagelo de la desigualdad se hacía cada vez más evidente.

Se iniciaba el tiempo interceptado por las pausas de las revueltas. Las calles empezaron a ser ocupadas de manera fugaz, rápida, inestable. Los jóvenes *ochenteros* se sumaron a una prolongada épica sociocultural que iba a consagrarse en 1988 con el plebiscito. El conjunto de las fuerzas sociales —partidos políticos, movimientos, estudiantes, trabajadores, asociaciones, artistas— formó una pluralidad de frentes para desplazar el régimen pinochetista mediante la vía institucional. Pinochet, muy presionado por el capitalismo mundial (E.U.A.) que ya no apoyaba como antes la dictadura, buscó en las urnas la prolongación de su mandato. Pero la posibilidad de restaurarse a sí mismo y renacer como un demócrata le fue adversa, pues perdió abiertamente en la votación del referéndum.

Después de 17 años de dictadura militar, se establecía un nuevo ciclo político.

Los primeros años de la llamada *transición a la democracia*, a partir de 1990, fueron realmente traumáticos. Pinochet continuó al mando de las fuerzas armadas como Comandante en Jefe. Los antiguos colaboradores civiles de la dictadura reaparecieron como demócratas, ocupando espacios en las cámaras de representantes. Más allá de la realidad *auténtica*, el miedo y la incertidumbre seguían poblando los espacios bajo la forma de la autocensura. Se desencadenó la represión a la memoria. Se promovía el olvido para mantener el equilibrio de la incipiente institucionalidad.

El modelo económico servía agudamente a los tratados políticos, pues se desató de manera frenética *la farra consumista*. Chile había sido el laboratorio neoliberal más intenso del modelo que generó una sociedad fundada en el objeto y el desecho. Salud, vivienda, educación se transformaron en bienes de consumo y en territorios donde se medía la inclusión y exclusión social.

En el juego de las máximas paradojas, Pinochet dejó su rol central en las fuerzas armadas para convertirse en senador designado, de acuerdo a un protocolo inserto en la Constitución (1980) que su régimen legó, hasta hoy, a los chilenos. En ese sentido, por un resquicio constitucional, el dictador ingresaba al juego democrático y, de esa manera, intentaba producir el lavado de su imagen. Pero, dada la presencia activa de Pinochet en los poderes centrales, se transitaba por una superficie social ambigua y en cierto sentido tóxica.

La llegada de la coalición de partidos de centro-izquierda —Concertación de Partidos por la Democracia— mantuvo intacto el modelo económico y, más aún, lo legitimó pues le otorgó el estatuto de *verdad* que iba favoreciendo al empresariado local y a las crecientes multinacionales. Pero, como compensación, la gran ganancia que implicaba la *transición* era la restitución de los derechos humanos en el país. Con la llegada de la concertación, cesaron los atropellos y los crímenes de Estado, salvo hechos aislados que no conformaban regla.

A principios de los 90, se produjo la gran explosión de universidades privadas. Los capitales de la derecha económica se volcaron hacia un negocio que resultaba altamente lucrativo: la educación. Mientras que las universidades públicas subían sus aranceles y los préstamos a los estudiantes alcanzaban intereses usureros.

En 1998, se produjo una nueva torsión social. Pinochet fue detenido en Londres cuando viajó a operarse de una lesión en la columna vertebral. Las cortes internacionales, debido a un requerimiento impulsado desde

España por el legendario juez español, Baltasar Garzón, habían dictado una orden de captura en su contra. La imagen de Pinochet transitando por el patio de la casa en la que ocurrió su detención fue vista a través de las pantallas mundiales. En el interior de Chile se desencadenó un proceso de estupefacción generalizada. El gobierno pidió su retorno al país.

Pinochet no fue juzgado en Chile; sin embargo, se vio obligado a renunciar a su cargo legislativo y, aunque nunca estuvo en una cárcel, su retención en Londres constituyó una forma de degradación a su poder que, en definitiva, se había extendido por más de 25 años. Más allá de las fechas formales, la figura de Pinochet controló el espacio público por un cuarto de siglo.

Más adelante, los partidos que conformaron la concertación y que estuvieron a la cabeza del gobierno fueron perdiendo el referente épico antidictatorial para convertirse en administradores del modelo. La urgencia política no se centró en disminuir la desigualdad, sino que se volcó sólo a reducir los siempre ambiguos índices de pobreza.

Sin duda, uno de los hitos del conglomerado fue la elección de Michelle Bachelet como presidenta de la república en 2006. Carismática, con una historia personal cruzada por los efectos trágicos de la dictadura, Michelle Bachelet, la primera mujer presidenta de la historia, fue querida y respetada por la ciudadanía, gracias a sus méritos personales fundados en la sencillez, el buen humor y una distancia con la pomposidad del poder.

Sin embargo, a la manera de una veloz grieta que astillaba las estructuras, se estaba produciendo el avance pleno de la derecha política debido a la indiferenciación de los límites ante una política económica, cuando no común, al menos similar. En plena paradoja de tener en la presidencia de la república a la gobernante más popular y apreciada de todos los tiempos, se gestaba el fin de la coalición. La presidenta no ocupó su indudable liderazgo para producir una renovación en materias económicas que permitieran disminuir la desigualdad, el deterioro a los accesos sociales, la precariedad del empleo. Tampoco su gobierno generó una impronta cultural más centrada en la diversidad, el pluralismo y la fuerza dialogante de las participaciones ciudadanas.

El proyecto inicial de Michelle Bachelet fue construir lo que ella llamó *gobierno ciudadano*. Sin embargo sus propios aliados no comprendieron ni valoraron la propuesta, y la presidenta continuó con la línea vertical de sus antecesores. Ese mismo destino experimentó la voluntad de *paridad*, cuando nombró su primer gabinete constituido por idéntico número de hombres y

mujeres. Antes de un año, esa democratización de los cargos públicos había sido arrasada por la extrema presión no sólo de la derecha, sino también de su propio conglomerado.

En 2009, fue electo como presidente de la república Sebastián Piñera, un emprendedor que logró hacerse multimillonario en los 80 con la masificación de las tarjetas de crédito. Sebastián Piñera deambuló entre la empresa y la política a lo largo de los 20 años de transición a la democracia. Representante de la derecha liberal, llegó al gobierno de la mano de la derecha dura (de raíz ultra pinochetista) que, junto con el impulso al enriquecimiento empresarial, ejercía una férrea defensa *valórica* en torno a la familia y las prácticas sexuales.

El feroz terremoto (8.8 grados) y tsunami de 2010 que afectaron gravemente a la mitad del territorio a días de que asumiera el poder Sebastián Piñera, se constituyeron también en un remezón de orden simbólico. La derecha volvía a gobernar democráticamente el país después de cincuenta años. Era un país que estaba parcialmente *en el suelo* y que mostraba la intemperie de millares de personas.

La concertación, a lo largo de sus gobiernos, había manejado exitosamente los conflictos sociales. En parte, este éxito se debía a las negociaciones con los líderes. El proceso de cooptación política de los dirigentes sociales garantizó la llamada *paz social*. Los múltiples atisbos de descontento no prosperaron por los acuerdos entre las dirigencias.

Los signos de malestar no fueron leídos con agudeza por la concertación, pues su hegemonía se mantenía, fundamentalmente por el hecho de que en los últimos años del mandato concertacionista sólo votaba cerca de 50% de la población, entre los no inscritos, chilenos en el exterior, votos nulos y blancos. Y en ese 50%, el mayor porcentaje lo detentaban los jóvenes que, de manera rotunda, se habían marginado de la participación electoral. Sin embargo, ese impactante gesto joven no fue revertido por la concertación, porque los porcentajes históricos le habían permitido conservar el poder. Pero el margen se había estrechado demasiado.

El primer año del gobierno de Piñera fue relativamente cómodo. Las terribles secuelas del terremoto, el impacto mediático del derrumbe en la mina que sepultó a 33 mineros y el uso político del rescate le fueron favorables. A lo largo de ese año, los estudiantes se mantuvieron silenciosos.

Pero ya en 2010 se había producido un movimiento significativo. La ciudad de Punta Arenas, ubicada en el extremo sur del país, se levantó impulsada por sus organizaciones civiles para protestar por las condiciones

específicas (combustible y aranceles) que los agobiaban. La intervención policíaca se ensañó en contra de la ciudadanía que protestaba, pero, a pesar de la represión, los movimientos ciudadanos continuaron con sus demandas y, más aún, obstruyeron todos los pasos hacia la ciudad hasta que el gobierno tuvo que ceder. Así se produjo el llamado *PuntArenazo*, el cual marcó el punto de partida para las agitadas protestas que vendrían, las más masivas y rotundas de los últimos 20 años. La provincia entonces puso en marcha un proceso de reclamos que iba a atravesar todo 2011 y que se iba a convertir en un hito no sólo local, sino mundial.

La instalación del gobierno de Sebastián Piñera operó como la ruptura de un dique. El descontento ciudadano acumulado tras 20 años de gobierno concertacionista explotó en uno de sus puntos más sensibles: la educación. Según los expertos, el nivel de costo de la educación chilena era cercano o similar al costo de la misma en Estados Unidos. Los estudiantes comprometían parte importante de sus futuros por las deudas que iban contrayendo con la banca.

En ese contexto, las diversas federaciones de estudiantes, agrupadas en la CONFECH, llamaron a un paro que fue encabezado por la presidenta de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (la más importante del país), Camila Vallejo. Por primera vez, la dirigente estudiantil fue percibida de manera masiva, lo cual provocó una adhesión que iba a multiplicarse.

La estudiante de geografía lideró durante todo 2011 el explosivo reclamo estudiantil. Con una fortaleza poco frecuente, pudo contener la ola mediática que desencadenó su liderazgo. Lo hizo porque consiguió ejercer con lucidez y serenidad sus capacidades, sin perder jamás el horizonte de la causa que representaba: educación de calidad pública y gratuita. La consigna fue "No al lucro en educación".

Como un hecho afortunado, Camila Vallejo fue seguida por el presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (la segunda en importancia en el país), Giorgio Jackson. Al igual que Vallejo, tenía una notable capacidad de liderazgo y habilidades discursivas que le permitían enfrentar con solvencia foros, debates, entrevistas. En particular, reconoció a Camila Vallejo como la líder indiscutida del movimiento, aceptó su segundo plano y demostró a lo largo de 2011 lealtad a toda prueba.

El frente estudiantil, formado por dirigentes de todas las universidades públicas chilenas, contaba con diversas sensibilidades que iban

desde el filioanarquismo a una izquierda moderada. Su forma de operar fue interesante, porque en cierto modo dramatizaba los efectos que iba alcanzando la insurrección estudiantil. Funcionaba bajo la modalidad de asambleas que se realizaban a lo largo del territorio, en distintos puntos del país, para romper así con el centralismo. Lo hacían mientras las cadenas de televisión los seguían prolijamente en cada una de las asambleas. Más allá de las diferencias, y aún de las divergencias, el movimiento que encabezaba Vallejo pudo continuar sin rupturas. Por otra parte, las sucesivas y exitosas protestas iban capturando los imaginarios sociales, pues se articulaban de manera *performática*. Los estudiantes que se sumaban inscribían sus signos siguiendo las lógicas de sus propios imaginarios: disfraces, música, bailes, entre otros. La perspicacia de Vallejo consistió no sólo en permitir sino en estimular los distintos flujos y las autonomías sin intervenir las singularidades.

El liderazgo de Vallejo se desplegó en las calles. Las marchas convocaban aproximadamente a 100 000 estudiantes sólo en Santiago, y las regiones de Chile replicaban el gesto. Vallejo avanzaba en la primera línea con una multitud de personas que la reconocían.

La policía fue extremadamente agresiva y, de hecho, un joven que presenciaba las protestas murió por impactos de bala. En ese lado más tenso, surgió la figura del estudiante encapuchado que ya no mostraba la *buena onda* que caracterizaba al movimiento estudiantil, sino que se enfrentaba a la policía. Básicamente, los llamados *encapuchados* pertenecían a pequeñas agrupaciones radicales que ocupaban las calles sin concesiones.

Entre los bailes, las palizas de los policías y las piedras, el año de las calles y de Camila Vallejo no dio tregua.

La figura de Camila Vallejo provocó distintos efectos, pero la característica más conmovionante para sus seguidores o detractores era su belleza. Una belleza —por decirlo de alguna manera— autónoma o distanciada de su discurso, pues nada en la actitud de la dirigente denotaba una conciencia en torno a ese *valor*. Más allá del *piercing* que atravesaba su nariz y que le daba ese preciso toque irreverente del siglo XXI, su discurso era claro, pausado y definido políticamente.

Su filiación al Partido Comunista, en un país en general anticomunista y con parte de una izquierda también de matriz anticomunista, no consiguió destruir su liderazgo. Esa paradoja puede ser pensada porque Vallejo,

en gran medida, se borró a sí misma como sujeto cotidiano atado a una biografía específica y, en cambio, se reveló como sujeto social. No entró en la *farándula* de la vida privada. No se dejó atrapar por los discursos sentimentales que caracterizan el perfil de lo *femenino*; aunque tenía un *novio* (un expresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile), jamás compareció en público con él, y desvió con astucia todo tipo de preguntas *personales*.

Por otra parte, su forma de ingresar al debate (muchas veces áspero) estuvo signada por la serenidad. Camila Vallejo jamás perdió la compostura, a pesar de haber sido tratada de mala manera en algunas ocasiones. Esa particular arista de su carácter —una calma imperturbable— le fue muy favorable, porque iba ganando la confianza de la ciudadanía que veía en ella no al temible Partido Comunista de la Guerra Fría, sino a una bella y joven mujer que con una gran solvencia (por lo regular resguardada en la ironía a lo largo de los ardientes debates) luchaba por ideales colectivos.

Pronto Camilla Vallejo se transformó en un icono nacional e internacional. El acoso mediático se dejó caer sobre ella sin darle tregua. Los discursos una y otra vez repetían (para descalificarla) que todo su poder se debía a su belleza, e incluso un político relevante comentó en un reportaje televisivo que su perra se llamaba Camila Vallejo.

Las demandas estudiantiles no cesaron. Los estudiantes no volvían a clases, la mayor parte de los recintos estaban "tomados" por la huelga y se multiplicaban las reuniones para buscar acuerdos con las autoridades. La mayor parte del país, así lo aseguraban las encuestas, solidarizaba con el movimiento encabezado por Vallejo a pesar de la pérdida económica que implicaba. Los estudiantes no consiguieron sus demandas (educación pública gratuita), pero sí instalaron la cuestión del lucro y restituyeron la poética estudiantil.

Camila Vallejo es la dirigente estudiantil chilena más importante de toda la historia. La pregunta clave es por qué en un horizonte masculino pudo emerger y sostenerse un liderazgo de tal magnitud. Desde luego, no se debe desechar la belleza; sin embargo, no es suficiente, porque en definitiva hay muchas mujeres bellas que no alcanzan el epicentro social logrado por la estudiante.

Habría que pensar más bien en cómo Vallejo administra su belleza y la hace calzar no sólo con su probada inteligencia, sino además con una iden-

tividad social en la que se puede reconocer un colectivo. En ese sentido, se podría hablar de una distribución social de esa belleza de forma no agresiva, sino más bien inclusiva, pues se hace patrimonio de todos. La belleza de la estudiante es un atributo que se suma simétricamente a la necesaria gesta histórica de las reivindicaciones sociales.

Tal como lo asegura la psicoanalista Melanie Klein, Camila Vallejo, quien en cualquier circunstancia podría generar envidia por su *disposición* a entablar un proceso que la excede, transforma la negatividad de la envidia en su liberadora contraparte: la admiración.

Desde luego, existe una conexión entre la figura de Michelle Bachelet y Camila Vallejo. La llegada de Bachelet al máximo poder trizó una barrera histórica signada por la relación entre espacios públicos y sujetos femeninos. Esa trizadura *naturalizó* en los centros políticos el protagonismo de la mujer, pese a que, detrás de ese escenario —en la repartición de los otros poderes, en materias salariales, en acceso al trabajo, en costos de salud, en la situación de pobreza y de extrema pobreza—, la mujer es la que ocupa, en cada uno de esos espacios, el lugar más sacrificial.

En esa dirección, es interesante pensar en estas dos figuras que concitan fervor a pesar de sus diferencias físicas. Mientras Michelle Bachelet se refugia en una estética neutra, formal y hasta *desaliñada*, Camila Vallejo toma los íconos más atractivos de la juventud: escote, mini, pelo largo. No obstante —y esto resulta curioso—, ambas, en último término, dejan el cuerpo *afuera*, porque este se suma como un dato más de su carisma. Tampoco se podría establecer entre ellas una genealogía (madre e hija), sino más bien se trata de una proliferación, puesto que Vallejo puede ser entendida como *la otra*, en relación a Michelle Bachelet.

Sin embargo, no se puede dejar de pensar que estos protagonismos femeninos —Bachelet, Vallejo— pueden operar también como meras fachadas para cumplir la función de recubrir las injusticias que operan en Chile en contra del sujeto mujer, el cual experimenta graves falencias en todos los órdenes de su transcurso. Los temas más obvios no han podido revertirse, como una legislación que desde luego no contempla el *aborto* (cuestión que parece completamente imposible), sino que ni siquiera es posible pensar la inclusión del aborto terapéutico. También es alucinante la escasa representación legislativa de la mujer. Así, se multiplica la presencia política de varones y se mantiene lo que Pierre Bourdieu ha llamado *la dominación masculina*. En cuanto al espacio clave del dinero, las gerencias y la acumulación de riqueza, este sigue masivamente bajo el poder de lo masculino, y, más aún,

el impacto de las teleseries vuelve a poner el tema de la mujer ligada a la conquista amorosa como epicentro de su emotividad.

Camila Vallejo sigue escribiendo su historia. La pregunta crítica más importante es cómo ejercerá su liderazgo. Una de las alternativas parece ser un destino parlamentario. Ese camino no es simple, porque implicaría su ingreso a un sistema imperfecto que ella misma ha denunciado (el legado electoral de la dictadura militar) y, en ese sentido, se consumiría en la burocracia parlamentaria. Su pertenencia al Partido Comunista, que como todo partido político tiene notorias estructuras machistas, podría arrastrarla a negociaciones que la separaran de las organizaciones civiles más empoderadas con la vida cotidiana y con los cambios culturales. En definitiva, lo que podría ocurrir es que ingresara a las *élites* políticas y perdiera su impregnación con la ciudadanía que la reconoció como su líder social.

Pero, más allá de estas consideraciones, Camila Vallejo ya cumplió. Habita una parte de la historia política y poética más cautivante de este nuevo siglo, el XXI. Su presencia joven ha sido completamente ejemplar. Desde el interior del género, mostró una arista poderosa e incisiva del mismo. Mostró, en definitiva, que es posible una determinada combustión del género en el interior de los controles en los que este transcurre ●